

¡Para el torturado por la visión de una hija degollada, como yo lo estoy por la visión de un padre sin cabeza ni miembros! ¡Para el que como yo no tiene días ni noches, ni esperanzas ni sueños! ¡Quisiste tomarme virgen y yo no llegaré virgen ni a las manos de aquel con quien debo morir, por obra de una mujer más puesta que yo! (Llora.)

CAPITÁN —¡Ahora vete!

CASANDRA (Retornando lentamente a sí.) —Todavía esto es Troya y Troya es la casa de mi padre. (A los otros.) Id, vosotros. Nadie vele delante de esta pira. Yo permaneceré acompañando los despojos de Otrioneo.

CAPITÁN —¡Vamos, Tersiloco! El sol está ya alto y he jurado presentarme temprano a ver lo que nos muestre. (Sale Tersiloco con él.)

LAOCONTE —Pienso, Casandra, que es inútil.

VIEJA —¿Por qué no vas a pescar hidras? ¡Márchate y que un dios te confunda! Con Casandra que vele y yo que duerma, tiene sobrado el que ahí está acostado y tanto me da quien sea. ¡Vete!

LAOCONTE —Escúchame, Casandra...

VIEJA —¿Quieres hacerla hablar para estremecerte nuevamente, hidra vieja? ¡Déjame a mí! ¡Soy la única en Troya que no teme la voz de Casandra! (Sale Laoconte. La Vieja, refunfuñando, camina hacia el rincón donde dormitaba al comienzo del acto. Al acurrucarse, a Casandra.) ¡Tardan demasiado en cumplirse tus vaticinios, hija! ¡Hablas de llamas, pero yo me consumo de frío! No está más helado que yo ese caballo que los griegos han abandonado en la falda de Ida, para que tirate la noche entera...

CASANDRA (Con la voz alterada.) —¿Ese caballo? (Pausa. Subiendo la voz.) ¿Has dicho "ese caballo"? ¡¡¿Ya?!!

VIEJA —¡Oh! No habrá de mordernos. ¡Es un pobre caballo... de madera, más propio para formar con él una buena hoguera que para recorrer los prados! ¡¡Un desperdicio de buenos troncos secos!! (Se duerme. Casandra sacudida por una emoción profunda, queda de pie, rígida. Dijérase que no puede moverse.)

(TELÓN RÁPIDO)

Cuadro IV —Escena I

(Arco frente al templo. Puede ser la misma escena anterior, sin la pira de Otrioneo. A la izquierda, una parte del arco. Ya es día completo).

TERSÍLOCO —¿Lo has visto tú?

ENEAS —¡Con estos ojos!

TERSÍLOCO —¿Creo en ellos más que en los míos. Pero dices que lo has visto con los tuyos?

ENEAS —¡Y he vacilado también en darles crédito!

TERSÍLOCO —¿Y cómo ha sido posible?

ENEAS —Sin duda durante la noche. ¡El orgullo ha querido envolver su vergüenza en las tinieblas, procediendo antes de que la autora se levantara sobre nuestra alegría!

TERSÍLOCO —¿Lo sabe Príamo?

ENEAS —Yo mismo se lo he dicho, temeroso por primera vez de mentir, transmitiéndole solamente un sueño. Esa línea del agua, Tersiloco, esa línea ondulada y blanca de espuma, donde muere eternamente el mar sobre la arena... ¡Qué hermosa es, Tersiloco! ¡Qué limpia! ¡Por diez años robada a los ojos troyanos a causa de la presencia de los griegos, nos ha sido hoy devuelta!

CAPITÁN (Entrando.) —¡Eneas! ¡Tersiloco!

ENEAS (Con intensa emoción.) —¡No ha mentido el presagio!

CAPITÁN —¡Príamo mismo se encamina hacia acá! ¡También ahora llora pero qué diferentes son sus lágrimas! ¡Yo mismo para creer a mis ojos he necesitado correr, con el resto del pueblo, hacia el mar, y como él entrar hasta la cintura en el agua helada y sin embargo tibia! ¡La he llevado a los labios, y no he encontrado en mi vida dulzura comparable a la de esa agua salada del mar!

Escena II

(Entra Príamo seguido de Hécuba)

PRÍAMO —¡Eneas! ¡Hijo!

ENEAS (Con entusiasmo.) —¡Rey victorioso de la ciudad jamás derrotada de nadie! ¡Tu fuerza ha quebrantado a la de los más orgullosos pueblos conjurados para vencerte! Permite que te acompañe yo mismo y concédeme el honor de mostrarte el maravilloso espectáculo de una playa vacía, de una arena sobre la cual corren por primera vez libremente las olas moribundas sin ser holladas de ningún pie extranjero.

PRÍAMO -¿Has enviado las barcas?

ENEAS -¡Han regresado ya, y no hacen sino confirmarlo! ¡No hay un solo griego, una sola nave, una sola vela lejana en todo lo que muestra el mar! ¡Sólo el sol, el agua y el aire transparente!

CAPITÁN -¡Así se tornen en tormenta que los confunda!

PRÍAMO -¿Has revisado el campo y el bosque?

TERSÍLOCO -Los grupos de soldados que de seis en seis, he mandado, han regresado todos con la misma palabra. "Nada" en el campo, nada en el bosque, nada en el monte ni en el río. ¡Un solo griego no ha quedado para recordar lo que la noche pasada se ha llevado para siempre!

PRÍAMO -¡Que no quede en toda Troya un solo animal vivo! ¡Que sean todos degollados ante los altares y quemados! ¡Que se vierta, luego de distribuir sus raciones al pueblo, todo lo que quede de vino, en las aras! ¡Oh Dioses! ¡Que se ofrezca en el templo hasta el último manto y la última sandalia de Troya! ¡No hay miseria que no pueda redimirse en los días de la paz! ¡Que el pueblo entero se desnude y eche sus ropas al altar! Que se deshagan todos los vasos en las escalinatas del templo! ¡Que cada troiano tome sobre sus hombros su casa y la encienda en mitad de la playa! ¡Durante diez años hemos hecho a las furias el sacrificio de nuestra sangre! ¡Poco es que hagamos hoy el de todo lo menguado que además nos resta!

CAPITÁN (A los demás.) -¡Ya habéis oído las órdenes!

ENEAS -¡Esperad! ¡Antes acompañemos a nuestro Rey hasta la propia playa, y miremos nosotros mismos cómo borra con la sal del mar libre, la sal de las lágrimas que han curtido su rostro!

CAPITÁN -¡Sí! ¡Entremos con él hasta el mar!

PRÍAMO -Antes debo purificarme. ¡No sé aún si los dioses me tienen reservado mirar la playa libre! ¡Pero sé que antes de permitírmelo, he de honrar a mis hijos muertos, pidiéndoles perdón sobre la losa más dura del templo, por contemplar un espectáculo que a ellos les fue arrebatado por la voluntad de los dioses!

ENEAS -Si no fuera por nuestros muertos, y por ese caballo que abandonaron en su miedo en la falda del monte, diría que todo no ha sido más que una dolorosa pesadilla.

PRÍAMO -¡Quemad ese caballo! ¡Que se inicie con él el fuego! ¡Ya mismo!

CAPITÁN -Gran Rey, sin duda es un voto ofrecido a una poderosa divinidad. Odiad a quien lo hizo, e implorad que la divinidad no oiga su ruego. Pero respetad el voto. Ya no pertenece a hombre alguno, y aunque construido por una hiena, es propiedad del dios.

PRÍAMO -Conducidlo entonces al centro mismo de Troya, y marcad con él, sobre la plaza del mercado, la piedad de los troianos, no menor sino más firme y honda que la de cuantos griegos han ensangrentado nuestro destino.

Escena III

LAOCONTE (Entrando, con energía.) -¡Príamo! ¡Que se destruya sin demora el caballo!

PRÍAMO -Ya no es el legado de nuestros enemigos. Pertenece a sus dioses, que son los nuestros, y no está por tanto a merced de hombre alguno.

LAOCONTE -¡Es necesario destruirlo! ¡Príamo, no vaciles en ordenarlo! ¡Que un monte de leña sea colocado entre sus patas, y que las llamas lo abrasen en presencia del pueblo! (Pausa. Ante el silencio de todos, Príamo encara a Laoconte y lo mira intensamente.)

PRÍAMO -Hemos debido vencer un deseo imperioso, que nos reclamaba la destrucción de esa prenda de nuestros enemigos. Pero pertenece a un Dios. ¿Qué extravío hace que tú, sacerdote de Atenea... ?

LAOCONTE -Rey: no es un oráculo el que me aconseja. Es algo mayor: la razón puesta por los dioses en el interior de nuestra cabeza.

PRÍAMO -¿Qué razón?

LAOCONTE -Alguien cuya palabra no creo, pero a la cual me es forzoso creer, habló de este caballo necesario a nuestra ruina y lo describió tal cual lo vemos, antes aún de que los griegos hubieran empezado a construirlo, cuando las tablas que lo forman se levantaban en mitad del bosque, cubiertas de ramas y rodeada de hojas.

ENEAS -Pero es ley que en el templo se sepan antes...

LAOCONTE -No fue en el templo. Fue en mitad de la calle, en la parte más miserable del mercado...

PRÍAMO -Tú dices...

LAOCONTE -Sí. Ella. ¡Príamo, quemad cuanto antes ese caballo de los infiernos!

PRÍAMO -¡Casandra! ¡Cuando los cielos se abren sobre Troya y le muestran por primera vez un rostro propicio, invocas a Casandra! ¡A Casandra, según cuyas palabras este día no existe!

LAOCONTE -No pienso en Casandra. No pienso en la voz que me habló. ¡Pienso en lo que dijo!

PRÍAMO -¡Laoconte! Enciértrate en tu templo y vuélcate sobre el ara y los altares! ¡Elige el animal que desees, sea el de quien sea y degollándolo,

el día entero tu respuesta! ¡Pero invócame otra palabra y otro augurio! ¡No nombres a mi hija!

Escena IV

(*Entra Casandra*)

CASANDRA (*Lenta y firme.*) –Padre, entrad ese caballo hasta el corazón mismo de la ciudadela, hasta la plaza del mercado entre el templo y el alcázar. Desarma a tus soldados y distribuye vino para que Troya entera dance y se alegre en el fondo de su corazón. Bebe hasta el cabo mismo esta alegría indecible de la victoria que parece mentira... Luego contempla el sol, padre. Contéplalo bien y largamente. ¡Es el último!

PRÍAMO –¡Casandra, retírate de este sitio!

CASANDRA (*Mirando hacia arriba.*) –Aún es temprano, padre... Todavía este sol no ha llegado ni a la mitad calurosa de su carrera. Cuando se ponga serás tú el que se ponga. Cuando deje su sitio a las sombras de la noche, comenzará la noche eterna... (*A los otros.*) No temáis a la oscuridad. Habrá llamas para alumbrar a cada uno y mostrarle el rostro de su asesino.

PRÍAMO –Casandra: eres la profetisa de la derrota. No te echo, hija de mis culpas. Pero retírate de este día que es el día de la victoria. No está bien que tú existas en este día que no existe para tí. Casandra: ¡retírate!

CASANDRA (*No pudiendo contenerse más.*) –Padre, si yéndome de tu vista consiguiera servirte siquiera para que prolongaras una hora más tu hado, no de aquí, me retiraría hasta de mi propio cuerpo, arrancándome yo misma la piel para dejar escapar por toda ella el aliento de la vida. (*Gritando.*) No entres el caballo, padre. Quémalo. (*Volviendo a su desesperanza, con lentitud.*) A través de las lágrimas por las que te estoy mirando, diríase que tienes aún el temblor de la vida. Pero no. Eres ya un padre muerto.

PRÍAMO –Casandra, ¿qué mal te hemos hecho?

CASANDRA –El de hacerme nacer.

PRÍAMO –Bien te has cobrado ese daño, deseándome la muerte a cada paso. Si hay algún dolor en tus palabras, es el dolor de verme vivo.

CASANDRA –¡Padre! Sabe el cielo que no hablo como mi corazón habla. Mi corazón está arrojado a tus pies, abrazado a tus rodillas, pidiéndote que destruyas ese caballo maldito y cierras las puertas y mantengas en vela hasta el más joven entre los hijos de tus soldados. Pero sé que es inútil. Hablo para que lo quemes, y por eso te pido que no enciendas con él una hoguera.

A RESUMIR | LEYENDO | TANTO MÁS DE SU QUERER... EL DÍA QUE FUE CONSAGRADO POR SUS AMANTES AMIGOS LOS GRIEGOS, Y FULMINÁNDOSE, OBTENDRÍAS ASÍ EL CUMPLIMIENTO DE TU SUEÑO MÁS ANSIADO. HIJA: MI AMOR...

CASANDRA –Lo quemaron en la pira de tu hijo Héctor, mi hermano. Padre: una maldición del más puro entre los dioses, pesa sobre mi lengua. Una maldición que se agregó a la maldición de esta belleza que me diste. Apolo Pitio, el de las flechas, fue tentado por estos senos que sólo han dado lágrimas, por esta boca que sólo ha dado lamentos. Yo no quise ser suya, y aquí estoy, traspasada por su poder divino de contemplar las horas que vendrán, con unos ojos engarzados a la misma cara donde se abre una boca incapaz de hacerse creer. Estoy maldita padre. Pero escúchame: hay una sola cosa bajo el sol, más poderosa que Apolo mismo: ¡el amor! Tu amor me creería, padre, lo que tu dolor no me cree.

PRÍAMO –Has dicho la primera verdad, hija. No te creo. (*A los otros.*) ¡Entrad de una vez ese caballo!

CASANDRA –¡Padre! (*Intenta arrojarse a sus pies.*)

PRÍAMO –¡Sujetadla! (*La sujetan.*) ¡Entrad ese caballo y comenzad los sacrificios! ¡Que sea quemado ante el túmulo que guarda los despojos de Héctor!

CASANDRA (*Sujeta y en alarido.*) –¡No! ¡No! ¡Padre! ¡Os lo ruego por Héctor! ¡Padre! ¡Por Astianac, su hijo! ¡Por el nieto que adoras! ¡Por el amor que sientes por Astianac! (*Todos vacilan, Príamo incluso. Por un momento Casandra se adueña de todos.*) ¡Padre! ¡Piensa que no se conformarán con matar a los hombres y violar, llevándose esclavas, a tus hijas! ¡Matarán a Astianac! ¡Ulises! ¡Habrá de arrojarlo desde la muralla, deshaciéndose su pequeña cabeza contra las piedras del suelo!

PRÍAMO –¡Casandra! ¡Calla!

CASANDRA (*Sin bajar el tono.*) –¡El temor que aún sientan por el padre, los hará asesinar al hijo antes de que creciendo, les depare un nuevo Héctor vengador a su frente!

PRÍAMO –¡Soltadla! (*Sueltan a Casandra.*) El caballo...

CASANDRA –¡Quémalo, padre! (*Se arroja a sus pies.*) Quémalo ya mismo! (*Entra Eneas.*)

ENEAS –¡Gran rey! Un suceso espantoso conmueve a cuantos de los tuyos tuvieron el horror de mirarlo. ¡Laoconte! (*Al nombrar Eneas a Laoconte, llanto desgarrado de Casandra.*)

PRÍAMO –Laoconte, sí, en el templo...

ENEAS –No. Al salir de aquí y caminar hacia el templo de Atenea vio uno de sus hijos, gritando hacia la playa. Una gran hidra salida del mar había